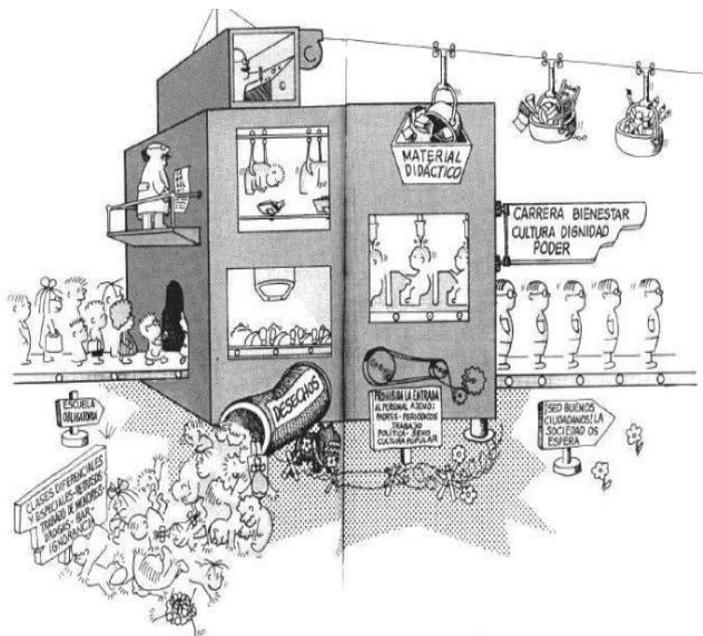


LA REALIDAD IDEOLÓGICA DE LA EDUCACIÓN PÚBLICA

La crisis provocada por el COVID-19 ha puesto de relieve las penurias que lleva soportando la Educación Pública Andaluza, donde la precariedad, tanto en recursos materiales como humanos, ha dejado en evidencia la nula inversión de gasto público en todos los centros escolares.

Pero en este artículo no nos centraremos solo en dicha inversión ni en la crisis actual provocada por dicho virus, sino en la realidad ideológica que se produce dentro de la Educación Pública.

Lo primero que debemos preguntarnos es cuál es la función principal de la escuela en nuestra sociedad. Pues podemos afirmar según estudios sociales y antropológicos y autores como Bourdieu lo siguiente: la escuela no tiene otro objetivo que la reproducción social y cultural del sistema capitalista, es decir, los alumnos forman parte de un engranaje controlado por una clase social dominante que ocupa una fuerte posición de poder en la pirámide jerárquica de dicho sistema.



Aunque los centros escolares produzcan unos contenidos para ser asimilados desde un enfoque aparentemente aséptico y neutral, dentro de la escuela, desde la revolución industrial hasta nuestros días, ha imperado una educación individualista y competitiva (muy de acuerdo con los valores de la industrialización) donde por mucho tintes que se le dé y muy edulcoradas que se presenten ciertas metodologías, la educación y los alumnos acaban reducidos a números y a simple estadística (nada más que hay que ver los boletines de evaluación).

Es cierto que grandes pedagogos se enfrentaron y crearon nuevos métodos de enseñanza basados en evidencias y en el beneficio de la clase trabajadora, como Freinet o Vigotsky o la creación de la Escuela Moderna. Algunos centros, sobre todo concertados y privados, han desarrollado métodos orientados a dichas metodologías. El problema surge cuando a estas escuelas acaban accediendo solamente aquellas familias que pueden costearse los gastos. Por lo tanto acaban siendo centros educativos elitistas, no pudiendo acceder de esta manera la mayoría de niños y niñas de la clase trabajadora.

Por ello hay que insistir, reivindicar y conquistar la gran inversión que se merece y pertenece a la Educación Pública para poder desarrollar todo tipo de recursos que son tan necesarios para nuestro alumnado y que a día de hoy, son paupérrimos en las aulas andaluzas, demostrando aquí lo bien poco que le interesa a La Junta de Andalucía y al propio sistema la formación de nuestro alumnado, condenándolo a no ser más que un mero tornillo dentro de esa máquina que hay que mantener para que siga funcionando y devorando todo lo que alcance y se le ponga por delante. Siempre en beneficio de una minoría.

Conociendo y sabiendo en el punto en que nos encontramos, sobre todo los docentes, tenemos la capacidad de ir transformando los métodos individualistas y competitivos en métodos participativos y orientados a la cooperación. Este artículo no trata de inventar ni descubrir nada nuevo, pero sí de resaltar la importancia de ir incluyendo estrategias que podrían ir ablandando el hormigón que sustenta la estructura escolar. Los comentaré brevemente.

En todos los centros públicos, a mi juicio, sería indispensable introducir las asambleas de clase y asambleas de centro ¿Por qué las asambleas? Porque si queremos que los alumnos sean responsables de sus actos, participen y vivan la democracia, estos necesitan comunicarse entre ellos, tomar acuerdos, decidir qué quieren aprender, qué quieren hacer en su centro, tomar responsabilidades entre ellos mismos y con el grupo,



aprender a respetar las opiniones de los demás y mostrar mucho más empatía. Difícilmente podemos explicar a los alumnos qué es la democracia si no la viven dentro de su propio centro y son también responsables de lo que en este ocurre, junto con las familias y los docentes.

Y por último, algo que debería imperar en todas la metodologías de los centros educativos como aspecto dominante, sin ninguna duda, sería el aprendizaje cooperativo. Si realmente queremos que los alumnos dejen de precipitarse al vacío de este individualismo y que compitan entre ellos, necesitamos cambiar las estructuras de relación de clase y metas, es decir, debemos cambiar las estructuras de la interdependencia social. En los centros educativos, en la mayoría de ellos, los alumnos trabajan solos para conseguir un objetivo, sin tener en cuenta el trabajo del resto (no existe interdependencia) o compiten entre ellos. Cuando se da la competición deben ser mejores que cualquiera de sus compañeros, creando así una interdependencia negativa. Recalcar que los alumnos no actúan de esta manera porque sean individualistas o competitivos, sino porque la enseñanza y los métodos utilizados así han sido estructurados. Si queremos que cooperen, no basta con decírselo, sino habrá que cambiar las estructuras de relaciones que se dan en clase. Por lo tanto los docentes tenemos la oportunidad de cambiar las relaciones y estructuras de meta de manera que todo esté enfocado para que el alumnado pueda conseguir sus objetivos sólo, y solamente, si sus compañeros también lo hacen. Aquí estamos creando una interdependencia positiva. Además de que existen evidencias científicas más que probadas donde el aprendizaje cooperativo supera en logros al individualista y competitivo, también está más que demostrado que nuestros alumnos desarrollarán unas habilidades sociales adecuadas, ayudarán a los demás, tendrán mayor empatía, se fomentará el compañerismo, conseguirán un alto grado de colaboración y apoyo mutuo, mejorarán su espíritu crítico (algo tan ausente en los centros escolares), se incrementará la responsabilidad individual y no dejarán que nadie se quede atrás. Como afirman los hermanos Johnson, teóricos del aprendizaje cooperativo: “o remamos todos o nos hundimos todos”. Ni que decir tiene que el avance social y cultural en toda la historia de la humanidad fue gracias a la cooperación.

